

Melodía para una canción rota

Tamara Domenech

Tapa: Polimorfa. Óleo pastel sobre papel.

Melodía para una canción rota. Seis historias atravesadas por un mismo sabor. 2012.

Domenech, María Tamara

Melodía para una canción rota / María Tamara Domenech. - 1a ed adaptada. -
Ciudad Autónoma de Buenos Aires: María Tamara Domenech, 2019.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-86-1072-6

1. Poesía Argentina. I. Título.

CDD A861

Melodía para una canción rota.

Negra

Un pensamiento dentro de otro

Sentada en mi cama las sábanas no son mías
tienen la holgura de las de mis padres cuando dormían juntos.
Un camisón me tapa los moretones de las rodillas
la gomita del pelo se cae de un mechón
las agujas del reloj pulsera marcan pensamientos
con la forma de un cesto de frutas abandonado.
Alrededor un revistero
un alhajero abierto
mis pantuflas blancas
el cable del teléfono
sigo los contornos.
Mi madre frente al espejo se mira las piernas
¿Me queda bien?
y las palabras no llegan a mi boca.
Con un pulóver de entrecasa me ofrece té y galletas
mientras provoca un ruido de mañana en la mitad de la noche.
La porcelana de la taza brilla sobre lo que me pertenece
su alianza dorada raya la oscuridad
opaca mi secreto.
¿No me queda hermosa?
me pasarán cosas de otra época
ahora, comé que tenés que trabajar.
Tomo un sorbo de té y me levanto de la cama
en el botiquín del baño escribo la frase
es mía sobre una ráfaga de aliento.
Salgo
mi madre no está
abro la canilla de la ducha y camino hacia el revistero
busco la página donde estaba mi deseo
la recorto y la guardo en mi billetera
un hilo de voz aparece mientras me baño.
Lágrimas en miniatura se mezclan con el vapor
hasta borrar mi imagen en el espejo.

Experiencia

Mi tía Berta dice,
haber dejado de trabajar en el campo y venir con mis dos hijos a la ciudad
me dio experiencia de vida

desde ese entonces supe que los ojos de mis hijos no me iban a abandonar.
Mi amiga Lucía dice,
haber salido con Ezequiel me dio experiencia en el amor
con la separación comprendí que podía ser feliz sin sufrir por cualquier cosa.
Mi madre dice,
los trabajos que uno va teniendo te dan experiencia para los que vendrán.
Mi padre dice,
no hay mejor experiencia que la que te ofrecen los libros
en ellos las sensaciones encuentran un camino.
Mi ex jefe dice,
si yo tuviese 20 años haría una vida distinta
la experiencia de un viaje sin destino ni duración
no se compara con el ahorro.
Yo digo,
un sueño realizado fue saber de una colección de dijes dorados con formas de
animales que había heredado un chico que conocí a los 12 años en unas vacaciones.
Dora, la panadera que trabaja en la confitería de al lado de mi departamento dice,
la experiencia que te piden en los trabajos
no se relaciona con el sueldo que te pagan a fin de mes.
Mi novio dice,
en el amor no cuenta la experiencia previa
sino la que se inaugura con cada persona que conocemos.
Un autor que leí en el colegio secundario cuyo nombre no recuerdo decía,
la verdad es la experiencia.
Mi abuelo Raúl dice,
ser astuto es asumir la debilidad y convertirla en bandera.
Yo digo,
la única experiencia que tuve en un trabajo consistió
en aprender a doblar y colocar alfileres en camisas para hombres.

El color de la mañana

La vida es tiempo
cómo formaré parte de cosas importantes
soy la escribiente de lo que quiero en las revistas
así recreo el color de la mañana en mi cuerpo.
Una carta de presentación es un cuadro de papel de lo que veo.
Mis ojos saben más que mis manos
pero dudo que un jefe comprenda la habilidad inútil.
Dejo sobre la cama un montón de ropa
que combina lo que deseo
y se prohíbe usar en ocasión de una entrevista.
A las llaves les quedan las huellas, de lo sacado, de un ropero desordenado
tengo que llegar a horario por ser la primera vez.
Antes de entrar al local en el que trabajaré
me miro los dientes en un espejo de mano
y me peino las pestañas con la yema de los dedos

después un hombre con traje y mocasines negros me pregunta,
¿qué experiencia tenés?
creo en el origen de la historia que invento
ser dueña de un cesto con revistas proyecta mis palabras.

Las manos

El hombre me saluda con un apretón de manos
me pide que lo acompañe a su oficina
que tome asiento
pero justo, cuando estamos por comenzar a conversar, lo llaman por teléfono
pide disculpas
se levanta de la silla y sale.
Observo las paredes sin ventanas
en su lugar cuelgan dos fotografías
una, en blanco y negro registra una vaca pastando en el campo
la otra, a color, la muestra con tres terneros mirando a cámara
sobre el escritorio hay un teléfono fijo con fax
un lapicero y una pila de folletos que difunden los productos
un perchero vacío y una repisa con cajas de plástico celestes.
Miro el esmalte rojo de mis uñas.
¿Cómo es posible que una persona trabaje en un lugar en el que el aire no circula?
El hombre regresa y dice,
que la mejor presentación la halla en mis manos
los anillos combinan con el maquillaje
después que debo reconocer a qué animales corresponden
los distintos materiales de la ropa
reponer mercadería diferenciándola por género
ser ordenada en el cobro a proveedores
mantener limpio el local
estar atenta a los detalles
que nada falte y se venda todo
vuelve a sonar el teléfono, pide disculpas y sale de la oficina.
Me pregunto si faltará mucho para que termine este momento
si me dirá que empiece hoy u otro día
cómo se referirá a mi salario
tengo la impresión, por la decoración,
que me pagará poco.
Regresa el jefe
empezaré mañana
no puede hablar de números
no quiere mentirme
porque debería calcular a cuánto cotizan las monedas internacionales
y, hoy, no tiene tiempo
pregunta si acepto
le digo que sí
y me saluda con una palmada en el hombro.

Salgo de la entrevista arrastrando los pies
un despertador suena en mis oídos como si no me hubiera levantado
meto las manos en los bolsillos del tapado hasta tocarme el estómago
la cadena que tengo en el cuello se achica
los pies continúan un camino de memoria que nunca hicieron
cuando estoy por tomar el colectivo para regresar casa
saco monedas de la billetera
y encuentro la página de la revista que me atraía, tan fría como yo.

Propio

El despertador suena a las 6 de la mañana
en mi cabeza hay una nube a la que le llegan señales de un volcán
preparo un té
toco la taza caliente con la intención de que el calor perdure en mis manos
hasta la hora de regreso
abro la canilla
miro por la ventana la luz del sol que se demora en alumbrar las horas
me ducho
pienso en una película oriental que traducía el ritmo de las propagandas
a las posturas corporales de los personajes
me peino
enciendo la televisión para que la luz artificial llene los huecos negros del cielo
me coloco dos hebillas
la belleza exterior se enfrenta con el carácter
la ropa que debo ponerme enciende las cenizas del volcán
un traje de gabardina negro
una camisa blanca y un pañuelo con la marca del local
me saco la cadenita
ordeno la cartera
el dinero que gane lo gastaré en lo que quiera
camino hacia la parada del colectivo
saco las horas por venir del uniforme
me concentro en los productos por vender
llego al local y busco miradas
el encargado de seguridad dice, buen día
si querés hacete un café
recién calenté el agua
me quedo parada
espero una orden
el encargado continúa
el dueño no llega hasta el mediodía
los clientes se agolpan en la puerta
abro cajas con mercadería
acomodo sacos
polleras largas
camperas y minifaldas

quiero ésta y la aparto para observarla
cuando los clientes no me esperen.

Vestidor

Una señora saca del perchero dos polleras para probárselas
pase por acá, le digo, mientras señalo dónde está el vestidor.
Después de un rato
las cortinas se mueven
por el esfuerzo que implica que le entre la ropa que le gusta
podría acercarme y preguntarle si necesita ayuda
alcanzarle otros talles
indicarle que afuera hay otros espejos para que se vea mejor.
Podría tener amigos en este lugar
hasta la ropa parece observarme
pero la silencio doblándola para que otros desacomoden.

Molestia

Una clienta que me preguntó,
varias veces, si podía alcanzarle una campera igual a la exhibida en vidriera
pero no escuché
atenta al movimiento de un jadeo detrás de las cortinas del vestidor
se molesta con mi actitud
¿y a vos te pagan un sueldo?
contame
¿para qué?
si no hacés nada
sos una pérdida
espero que el encargado
acá
de seguridad
tome nota de la situación
y le cuente a tu dueño
que personas como vos no merecen trabajar
porque se nota que lo único que te importa
es ser vos misma
mirate cómo estás vestida
horas mirándote al espejo
para qué
si no sabés hablar
atender bien a la gente
con la mirada tendría que bastarte para darte cuenta
que los clientes te preguntan cosas
pero mirás para otro lado
porque no querés estar acá
y lo único que te importan son tus manos

las uñas
¿no te dan vergüenza?
esos anillos
¿de dónde los sacaste?
ladrona
encima la gente confía en vos
¿no ves que estás a cargo de un negocio?
pero conmigo no
así que alcanzame lo que te estoy pidiendo, ahora.

Herida

Si me dicen vení hacé esto
yo voy y lo hago
no tengo problema
hasta hace 5 minutos el local estaba en silencio
escuchaba los pasos del encargado de seguridad
ir y venir en busca de sus horas.
Cuando llegué el dueño no estaba
abrí las cajas
separé la ropa entre aquella que no me gustaba
y una prenda que dejé al lado mío como una mascota
a la que sólo puedo darle cariño
porque no tengo dinero para darle de comer
entonces, como suele ocurrir,
una clienta que entra saca lo que no está exhibido
por desconfianza
y, al quedarle mal, la deja hecha un bollo
sobre un banquito de madera al lado de la puerta
quiero que se vaya
pero sigue ahí
quiere comprar
tocar algo nuevo con sus manos
a mí no me sale ofrecerle
porque de lo que está colgado no quiere que le hable
para herirme.

Propio

El guardia de seguridad me mira
en dónde se vio que un comercio
quedara cerrado para sus empleados
y abierto para el público
y me guiña un ojo para que cierre la caja
baje la cortina
barra el piso
repase el baño

pase un paño con lavandina sobre el mostrador
haga el recuento de lo que se vendió
guarde comprobantes en una caja
coloque alarmas en las prendas
remarque precios
deje constancia en un cuaderno de lo que hay que reponer
abroche las facturas para los proveedores
cosas que creo me dice, el encargado de seguridad,
con un ojo cerrado
mientras, el que está abierto, observa los sonidos de la calle
el humo del cigarrillo que encendió el kiosquero de al lado que le presta revistas
a cambio de vigilancia.
Imito los pasos que ejecutaría
si le hiciera caso
y, antes de agarrar mi cartera para irme,
guardo en ella la prenda que quería.

Desilusión

Fue una desilusión verme con la ropa querida
y que me quedara vieja
no ser la mujer de la revista
las piernas de otra época
la cintura ancha.
Me la saco rápido
con la intención de un recuerdo
y ya no puedo dejarla como era.
Transformo la publicidad en papel picado
con una birome azul escribo la palabra mentira del lado de adentro
y dejo caramelos de menta degustados en los bolsillos de adelante.
Estoy apurada
la doblo
la vuelvo a meter en la cartera
y, a la tarde, el encargado de seguridad
que sigue en la puerta
me pregunta
por qué no llegué a horario
que por mi culpa,
además, tuvo que abrir la persiana,
yo no quise, le contesto
mientras cuelgo en una percha destacada
la prenda del rencor
y miro el reloj que controla mi pena.

El Método de la aprehensión del sabor cuando desaparece la materia

Caramelos

Busco el sabor en la exhibición.
Los kioscos de la ciudad son un cuadro de fantasía
en el que los envoltorios, que serán descartados, componen los colores de la boca.

Distancias

No es lo mismo saborear un caramelo
mirando el cielo
hundir mis ojos
transformando el gusto en algo táctil y transportarlo
hacia donde la gente se pregunta
si la altura del estómago coincide con la palabra sensación
y discutir en un lugar cerrado
cuál es el momento de morder.
En cambio, en el piso
miles de envoltorios dejados en un cesto
forman una constelación de personas gustadas por lo mismo.
El papel produce un sonido
que olvida el color de la materia
las huellas de las manos en dirección de estrella
llegan a mi mente.

La plaza

A la mañana los juegos guardan las sombras de los niños
las palomas buscan la comida
que los ancianos, a cambio de compañía, les ofrecen
alrededor los empleados la ignoran
como si no recordaran haber estado en ella
el viento señala con hojas secas
los puntos en los que los payasos
se esmerarán en el dinero.
En un banco desenvuelvo un caramelo
y lo pruebo
el primer sabor azul pantalón de colegio
si lo muevo aparece el grito de un padre pidiendo respeto
quieto una rosa crece sobre el césped que bordea una virgen
si lo muerdo pierdo el hilo de un experimento
que necesita de los otros aunque no estén.

Materiales

Una mujer vestida de negro mira hacia el piso
su cuerpo parece enyesado
pero sus pies la mueven desde la esquina
hacia la parada del colectivo.

De una de sus manos cuelga una cartera
que se adelanta a sus pasos
¿sabrá ella más que ella dónde quiere ir?
Su peinado la arrastra hacia un lugar del que vuelve
y sus anillos refractan en el envoltorio de mis caramelos
una mañana del futuro.
Los materiales captan cómo interrelacionar
a dos seres humanos.
No me atrevo
y le envío señales invisibles
como si al desechar un papel escribiera
quedémonos sentados por un rato.
A medida que se acerca sus pómulos se agrandan
y sus uñas pintadas de rojo sacan una pastilla de su boca
que deja a mi lado, sin mirarme.

Encuentro

La pastilla proyecta los pensamientos de la mujer
que tienen la forma de una hormiga anciana
mordiéndole los bordes de una hoja
escucho un sabor nuevo
y me saco de la boca el caramelo
para que el aire de la plaza
lo pegue a ella.
Busco en puntas de pie un lugar donde dejar la pieza de museo
de doble cristal.
Estoy seguro de que alguien la encontrará
para sumarle otra
hasta entender
el surgimiento de los espejos desconocidos.

Debajo de un banco

Este es mío, pronuncio
con una sonrisa que sólo el viento conoce
todavía perdura su forma
y el frío conservó su color.
Saco del bolsillo de mi saco una cajita roja con un ribete dorado
que tiene una abertura blanca en el centro
y guarda el olor de las manos de mi mujer cuando le propuse compromiso.
En esa hendidura coloco el caramelo encontrado
la cierro y la guardo otra vez.
La plaza comienza a poblarse
es el momento
en el que no puedo interferir
porque lo fundamental sucede

cuando, creyendo en los días por venir,
me siguen las sorpresas que otros dejan.
Antes

retardo el regreso a casa hasta que caiga el sol.
Soy el que persigue a las personas
que compran dulces para entender la memoria de la boca.
Un hombre de traje con un maletín negro
la billetera en la mano
pide que le completen un vuelto mientras mastica apurado
un niño paciente
extiende su mano en la que entra la indicación de su madre
una joven rubia con el pantalón gastado quiere
veinte caramelos de limón y enciende un cigarrillo
una anciana con una pollera de lino azul
una camisa blanca y un pañuelo de seda natural en el cuello
acomoda los que eligió dentro de su cartera
un hombre en pantuflas y un control remoto en la mano
reclama al kiosquero ser atendido primero
porque están pasando una película de su juventud
y señala los mismos caramelos que compro yo.
Fijo la mirada en los huesos de su cara
su corte de pelo
el pliegue de sus medias
un anillo con el cuerpo de Jesús
una medalla escapándose del pecho
el aroma de su casa en la vereda.
Tomo nota de estas personas
a las que identifico con un color
para comprobar más adelante la vida de sus gustos.

Dentro

Vivo en una habitación en la que entra
una cama de una plaza
una heladera
un televisor
un aparador
un pequeño ropero
dos sillas
y una mesa
en la que creé una vitrina que exhibe los caramelos
que las personas dejan en distintos rincones de la ciudad.
En mi casa no hay luz
po eso, con la ayuda de un encendedor,
abro la puerta
busco una vela

caliente agua para tomar una sopa
y, cuando termino de cenar,
paso un trapo sobre la mesa
en la que dispongo los tesoros hallados con guantes de goma.
El que encontré forma parte del género
casi con vida
y lo arrastro con dos palillos de cocina delante de otros similares
y le coloco un cartelito con la fecha de hoy.
La luz de la vela refracta contra el vidrio
y hace que lo perciba moviéndose
supongo que no está preparado para dormir aquí
entonces lo saco
destiando la cama
coloco otra colcha
aliso la funda de la almohada
me pongo el pijama
y decido dormir con un regalo en la boca.

Comparación

Una simple llama proyecta sobre el techo
las sombras de mis muebles
en la oscuridad mi colección no se distingue
por eso coloco el caramelo entre la muela y el cachete
con la intención de indicar su existencia.
En mi boca hay una recompensa de una tarde
en la que la única preocupación
era entender cómo se hacía
para pasar el tiempo en compañía de un amigo
nuestras madres habían dicho
si no quieren dormir
tienen que jugar lejos
para no molestar a sus padres que trabajan
a sus hermanos que lloran.
Patear piedras hacia el fondo
romper el silencio mordiendo dulces
terminarlos
pedir dinero
e ir a comprar más
era estar alertas de que no faltaran novedades.

Él

Manejo un auto rojo que tiene los vidrios limpios
y una radio en la que pasan música de provincia.
Tengo puesto un jean y una camisa deportiva.
La última vez que usé estas zapatillas

fue para estrenar un sabor en una plaza lejana.
Viajo durante horas
mirando la frente de los camiones
las nubes blancas que dejan mensajes en el cielo despejado
pájaros huérfanos.
No hay peajes ni carteles
gente no hay
el camino lo sé de memoria
espero encontrar a mi amigo
y charlar de papeles arrugados que nos retratan desde la infancia.

Augusto

Ritual

Tomo un café
me miro las manos
los años que lleva este anillo en este dedo.
Debería comer
abro la heladera saco pan y manteca
pero ni una miga deseo a esta hora de la mañana.
Levanto la persiana de la cocina
y dejo el vidrio entreabierto
las palomas se asoman a mi casa
les convido comida
si no tuviera más fuerzas
me haría llevar por dos de ellas adheridas a la espalda
y siento ganas de pararme
traerles agua en la tapa de un frasco de mermelada
una picotea la manteca dejando mensajes
que relaciono, a través del color,
con el vestido que usé para la primera comunión de Augusto
siento calor
como si los invitados me felicitaran
y yo caminara de un lado al otro para que no faltaran sándwiches
los adornos sobre la mesa
las estampitas en una canasta blanca de mimbre
los vasos llenos
el timbre por sonar
y, cada tanto, descansar en la antesala del baño
para controlar los rasguños
que me dejaban las sandalias nuevas
y colocarme curitas con los gestos de una flor.

Media mañana

Coloco una manta sobre el piso de la cocina

y me acuesto
cierro los ojos e inhalo
cuando era chica dibujaba casas que ocupaban la superficie de la hoja
no quedaba ni un pedacito para un árbol
el sol
un perro
las nubes
un automóvil
pero cada integrante de una familia rica
tenía su dormitorio con baño.
Con cada exhalación el viento de ahora
lleva hacia ese lugar a las palomas que desayunan por mí
estiro las puntas de los pies
y alcanzo el zócalo de madera
que logré pagar cuando Augusto cumplió 10 años.
Cierro los puños y envío una luz hacia el centro de mi columna
dos alas grises y blancas se despliegan.
Con las manos me toco el estómago
vacío de alimento
negro de café.
Boca abajo huelo el sabor del piso
y abro los ojos con la intención de agarrar una cuchara de madera
cerrar las ventanas para que el aire no apague el horno
y cocinar la forma de alcanzar lo que quiero aunque esté lejos de mí.

Delantal

Al descolgar el delantal de la pared
cae el clavito en el que estaba
lo busco palpando el suelo
seguro haya quedado debajo de la heladera
atorado en el zócalo
o enganchado a un pelo adherido a la pata de una silla.
Me levanto de golpe
y una nube con estrellas doradas a la altura de mi cintura
me mantiene unida al clavito que perdí.
Perdido podría ser el nombre de un postre
de una tarde
de una seguridad
de una promesa
de una persona
y me estiro las medidas para que me calcen mejor las zapatillas.
Enciendo la hornalla más pequeña de la cocina
y coloco una cacerola con medio kilo de azúcar
revuelvo la bruma blanca
la bruma marrón
la bruma negra

hasta que el líquido sea el estado de una forma
el olor invade la casa
y me limpio las manos sobre el delantal
que tiene abrazos de niños preguntando por la hora del postre.

Amiga

Desde que nos conocemos
una vez que pasamos la tarde juntas
nos llamamos por teléfono para saber si tenemos alguna noticia
producida en las 20 cuadras que separan nuestras casas.
Es una manera de decirnos, buenas noches con otros colores
¿a qué no sabés a quién vi?
¿adiviná con quién estaba?
Tengo sueño y los chicos, de al lado, se pasan un manojo de llaves
que esperan visitas
envases de vidrio se chocan en una bolsa de nylon.
Tendría que haberme quedado en tu casa a dormir
Y eso que te pregunté, por qué te ibas, si éramos las abanderadas de la tarde.
Si fuera por ella deberíamos vivir juntas.
Mi amiga no entiende el silencio de mis mañanas.

Servida

Una amiga nunca vendría con una asadera caliente
y la dejaría apoyada sobre la mesa
sin avisarme que tenga cuidado
que si me doy vuelta me puedo quemar
o con un tenedor, del que colgara un fideo largo como una sonrisa endeble,
y me insistiera
por favor probalo,
¿no ves que las pastas se me pasan siempre?
Y cuando aceptara me diera cuenta
que el fideo no había sido soplado
y la sonrisa me hiciera llorar la lengua
y agregara, vos sentate allí
señalando con un dedo especial por anillos dorados
una silla común
y yo aceptara el lugar con una campanita en la mano
que hiciera sonar para molestar a alguien
y justo salieran, de abajo de la mesa,
unos chicos que se confunden con las frutas estampadas del mantel
con cuerpos de hijos y rostros de tortas.
No vendría una amiga a decirme
soplá las velas que hoy es tu cumpleaños
sabiendo que apagaría los ojos
de unos niños que me hacen escuchar una melodía que persiste

cuando la casa está callada y huele a fósforo
porque si las soplara me quedaría a oscuras para siempre.

Un regalo

Si me levanto a la madrugada
escucho la música que producen los tenedores
los cuchillos y las cucharas dentro de los cajones.
El delantal colgado en un nuevo clavito
proyecta sabores de una promesa
mientras tomo un vaso de soda que tiene olor a comida
como el aire de las paredes que no toco.
Los manteles de fiestas guardados se vuelven reales sobre las mesas.

Creencia

No son trapos, le digo a mi amiga,
la ropa que me pongo
son banderas de la casa.
Ella se enoja
tenés que salir al mundo
tu familia es la gente que no conocés.
Yo no tengo problemas en ser mirada en la cocina
este es mi uniforme
como otros usan viseras y mamelucos.
A mí no me sorprenden las cosas que decoran
mis creencias se mastican.

Receta

En un bol agrego
azúcar derritiéndose y parafina
hago bollitos a los que previamente les coloco una mecha
son velas comestibles
o masitas para encender.
Una vez que cierro el horno
la llama que no veía proyecta su sombra sobre mis manos
y la comida cambia de forma mientras espero la cocción.
Acostada en el piso miro un punto de la madera del techo
que no se vuelva oscuro de golpe
para alguien que se sienta agasajado.

Sonido

Si abro las puertas de las habitaciones de mi casa
no salen los perfumes que les pertenecen.
Entonces, continúo con los cajones de la ropa

las tapas de las cajas de cartón donde se acumulan
papeles
alhajas
figuritas
collares
muñecos
discos.

El silencio construye una sinfonía
y cierro los ojos para entender adónde va
el tiempo de los objetos extraño a la piel.
En mi casa cada sensación halla un sonido
que rebota en las sombras
extendiéndolas hacia la luz de la mañana.

Interrupción

Una mañana mi amiga golpeó la puerta
pero por qué
si sabe que estas no son horas de interrumpir.
Su cuerpo diminuto a través del ojo de la cerradura
cada vez más fuerte
no la voy a atender.
Mientras me sacaba los zapatos
y caminaba en puntas de pie hasta la cocina
con la espalda gacha para que no percibiera
mi sombra por la ventana.
Y una vez que estaba servido el café
la heladera induciendo mi apetito
las palomas sobrevolando la mesa
escuché que gritaba,
sé que estás ahí
abrime que traje algo para darte.
Pero ni los regalos me entusiasman cuando arruinan un momento
en el que observo las cortinas de la casa moviéndose
marcando los pasos de baile que, alguna vez, di.

El vendedor de frutas

Descarga

No es que no necesite guantes
pero las astillas no se ven
la piel se acostumbra
y, las lastimaduras en contacto con las frutas,
cicatrizan rápido.
Siempre hice pasar mi vida por estos cajones de madera
que sostienen pensamientos

mientras madura la mercadería.
Desde chico ejecuto los mismos movimientos:
brazos arriba, saco un cajón, lo dejo en el suelo
hasta completar una torre de cinco
brazos abajo y fuerza hasta adentro.
Después es más fácil
sentado en un banquito es cuestión de observar.
A veces, las frutas llegan tarde
los colores salpican la rutina
y, aunque el trabajo se haga más fácil,
te apena tener que tirar aquellas que ayudan a cicatrizar las heridas.

El color de la casa

Cuando era chico el amarillo limón
me hacía construir una casa
ordenarlos era tener un espacio.
No como mis primos que me los sacaban con los pies
de un lado al otro, hasta que mis padres
decían, no se juega con la comida
o me ponía a llorar.
Eso no era jugar a la pelota
sino hacerme marear por la fantasía
de lo que yo quería tener.
Un día se fueron al mercado y me pidieron,
en esta bolsita están las monedas
allí abajo las bolsas
si vienen a comprar tratalos con cara de mariposa.
Yo no sabía hacer cuentas
entonces cuando llegaban los clientes
me hacía el sordo.
Cómo puede ser que este niño no sepa atender
para qué lo dejan solo
y, cuando se iban, sacaba los limones
hasta construir un dormitorio
en el que no entraban las palabras del trabajo.

Menta

Fui amigo de una vecina que perdía, como yo, los útiles escolares
su madre le repetía, inútil
y mi padre a mí,
ya vas a ver cuando todos lleven sus cartucheras completas
y la tuya esté vacía por tu culpa.
A medida que los escuchábamos
caminábamos hacia el fondo que unía nuestros jardines.
Ella decía,

mirá lo que me quedó de todo lo que llevaba hoy
y me mostraba un lápiz negro
y yo sacaba una goma de borrar que guardaba en el bolsillo del guardapolvo
cuando seamos grandes no nos van a importar estos objetos
si se puede escribir con cualquier cosa
y pisábamos hojas de menta contra las baldosas
en las que quedaban las iniciales de nuestros nombres.

Ojo

La gente dice que uno se acostumbra a todo
pero, en este caso, mis ojos después de tantos años
se siguen sorprendiendo de los colores de las frutas
tal es así que, por prestarles tanta atención, tengo una enfermedad
por la que un ojo desciende hasta la piel
como una almeja que busca las profundidades de un hoyo de agua
para respirar.
El doctor que me atiende dice,
vos sos un piola bárbaro
con uno trabajás
y con el otro te vas de vacaciones.
No entiende que no me causa gracia
haber perdido el dominio sobre una parte de mi cuerpo.
Él lo relaciona con una patología del entretenimiento y asegura,
no te hagas el vivo conmigo
a quién no le gustaría buscar una playa con una parte del cuerpo
que la vida no sea contar para ordenar y vender.

El método

Hasta que un día, después, de tanto ir a verlo
el doctor viene a mi lugar de trabajo
deja un ramillete de menta en el piso y dice.
ahora tocá la hierba y, sin mirarla, separá las hojas secas.
Me concentro en un calendario, colgado al lado del mostrador,
con la imagen de San Cayetano
me acuchillo despacio pero, ni bien la toco,
declino apenas la vista.
El doctor insiste,
no
no
la vista tiene que estar en el centro
un punto intermedio entre el piso y el techo
si no lo intentás la sensación de pérdida quedará latente dentro de tu piel
no es tan difícil
cuando la mercadería esté en el piso
deberás acostumbrarte a ver con las manos

dejate llevar por la textura y el olor.

De esa manera extraño acostarme en el jardín de mi infancia
y, que las palabras de la tierra salgan al encuentro de mi nombre,
no hay nada peor que sostenerse con recuerdos
apoyo en el piso el ramillete de menta repleto de hojas secas
y el ojo como una bolita desciende por una pendiente.

Dispositivo

El doctor dice,
No existe el cansancio cuando se trata de encontrar soluciones
cortaremos hileras de apio y con una cinta adhesiva
las pegaré en tus pestañas inferiores
de manera que paralicen la pupila ni bien se precipite
no te muevas
mirá hacia arriba
un punto intermedio entre el techo y tu mente
y me pregunto,
¿cuánto durará el tratamiento?
¿qué pensarán los clientes cuando me vean?
¿cómo las correré de mi cara para besar a mi familia?
¿se despegarán al dormir?
¿cada cuántos días tendré que cambiarlas?
¿será suficiente esta verdura o tendremos que agregarle otras?
El doctor dice,
sé lo que estás pensando
pero si hablás te lastimaría
su guardapolvo es una nube blanca que me esperanza
plagado de moscas.

Cara

En el espejo del botiquín del baño
miro el ojo estrella y le digo al doctor,
tendrías que haber probado un dispositivo más delicado
mirá lo que parezco
un payaso pobre
un arlequín despintado
hasta cuándo tendré que estar así
y contesta,
¿te parece hacerme esa pregunta después del tiempo que le dediqué a tu cara?
Ahora tomemos un mate y observemos si hay que modificar alguna parte
¿cómo te sentís?
y no sé qué responderle
mientras huelo el humo del caño de escape del camión
que a esta hora tocaría la bocina
para avisarme que descargue mercadería

y no lo hace
porque desde afuera no me reconoce
detrás de esta valla que impide la precipitación de la mirada.

Vacíos

Pero pasa al revés
cuando los clientes entran charlan
con tu nueva cara no nos da miedo
el vacío que queda entre nuestros cuerpos de compra y la venta de mercadería
que procede de tu ojo de apio
no es un disfraz esto que te pusiste
realza tu dedicación al trabajo.
Y, sin darme cuenta por lo emocionado que estoy con sus palabras,
nos chocamos
y ellos, sin saber el por qué de mi prótesis,
se agachan para evitar que mire directamente el piso.
Es necesario encontrarse con personas que nos ayuden
a recuperar el dominio físico de las sensaciones.

Clienta

Pongo cara de pierrot
para retardar el saludo de despedida de una clienta que viene todas las mañanas.
Con el ojo despejado le digo,
te regalo la mercadería que quieras
pero quedate conmigo hasta que se me pase la enfermedad.
Me limpio las manos en el delantal
me toco el pelo
escucho el peso de las bolsas que tengo en las dos manos
miro hacia afuera
tres rayos de sol traspasan el color de los tomates
proyectan su sombra en el suelo
y pienso que me acostumbraría al vaivén de mi ojo
si una persona se entregara a la oportunidad de una charla
y cuando las personas que quiero no interpretan mi cara
me dejo llevar por el reflejo de una bandeja en una balanza de mis abuelos en la que la
comida no llenaba los platos
y los chicos hacíamos sonar los mangos de los cuchillos sobre la mesa
pidiendo más.

Caza

La clienta se va y recuerdo cuando de chico
salía a cazar perdices con el propósito
de llevárselas a mi madre y que ella interpretara
no sé contar pero puedo traerte comida.

Para atacarlas debíamos acuclillarnos y fijar la vista, a una distancia profunda, entre el pasto y la piedra de la gomera.

Las pestañas de ahora deberían comportarse como un arma y los ojos dispararse hacia el centro de un animal silvestre.

Los días en viajes

Al amanecer

No hace falta que suene el despertador
mi marido abre los ojos
cuando el gallo de la casa de al lado
comienza a cantar a las 5:30 de la madrugada
sus primeras palabras son,
el día que este animal muera
no voy a ir más a trabajar
y respondo,
lo que más quiero en la vida es que te quedes en casa
cuántas cosas podríamos hacer juntos
que no sabemos por una obligación
y pensá que te nombro todas las veces que puedo
para que los chicos no crean que los adorás desde una foto
ahora mismo mataría a ese animal
aunque las horas muertas no nos traigan
platos de comida.
Tienen que existir otras maneras de despertarnos
para saber que, antes de una larga jornada,
ocurrirán cosas increíbles.

Compañeros

Saben que no pueden molestarme mientras viajamos
son dos horas que aprovecho para dormir
una vez que a uno se le dio
por tocarme la oreja con el capuchón de una lapicera
casi lo hago juguete
ellos pensaron que los estaba cargando
cuando vieron mi cara convertida en un puño
enfrentarse con un chiste.

Las horas de la casa

Las horas de la casa no pasan
a la velocidad de un tren
que comunica un punto en la periferia del paisaje de las emociones
con otro sobre un andamio de la ciudad.
Los broches de la ropa escasean

para escribir necesidades en el aire.
El pelo de mis hijos enreda el tiempo animal,
acá tienen
y les tiro huesos a los perros
tomen la leche
hagamos mandados
compremos un sacapuntas
pongamos dos sillas cerca del horno por si la lluvia
nos hace descolgar la ropa.
Las agujas del reloj son inyecciones
que indican que el padre regresará pronto
y los acompaño a ver la televisión
encender el velador del cuarto
buscar los pijamas.
Mis brazos convertidos en vallas los abriga en el ensueño
en el que nos acostumbramos a mirar las estrellas y decir,
papá nos quiere con los ojos cerrados desde el asiento de un vagón.

Bolso

Llevo el bolso al hombro
pesan
los zapatos con suela de cemento
el pantalón en los bolsillos
guardan cartas que mis hijos me dejan en sus camas
cuando los saludo con un beso.
Esta camisa tiene botones de acero
los años que llevo sacándole a mi señora
sonrisas con paseos de los sábados.
Este sombrero es la historia de un animal
que le gruñe a los golpes de martillo
y un olor encuentro
que viene del fondo de los días
junto a una jabonera y una toalla
que al atardecer sacan el polvo.
El cierre metalizado sobre la lona azul
es una palabra que se manifiesta en la piel
que rasguña hasta terminar hileras de ladrillos.
El bolso abierto repite mi nombre en silencio.

Monstruo

Después del colegio mis hijos dicen,
no queremos lavarnos las manos
hacer pis
atarnos los cordones de las zapatillas
pero la comida está servida

apúrense.
Ellos no escuchan mis palabras
emitidas desde la cocina
porque la televisión está encendida
entonces me acerco con un repasador en el hombro
una cuchara en la mano
y repito,
ahora van a hacer lo que les pido
pero ellos obedeciendo los ladridos de un perro
exterior a la casa
se pelean y los separo de las lenguas
hasta sentarlos
sus miembros dislocados de caprichos
hacen tambalear la mesa
y es el ruido de la madera contra la loza
el que provoca el hundimiento
un vaso de agua
dos cucharas y un pan tapan las huellas por donde pisamos.
En las manos siento acercarse los rayos del sol
con ellos escribiría frases sobre las ventanas
que captaran la armadura de las horas
pero quema
y lo empujo hacia las patas de los perros
a su áspera cabellera y derribar el tiempo de quien preparó la comida.

Nada malo sucederá

A mayor altura
los colores se vuelven monocromos
celeste
gris
blanco
vacío.
De espalda los mezclo con los tonos de mi mente
pumpumpum
late mi corazón pincel
y se produce un paisaje
en el que mi señora camina por la playa
los juguetes de mis hijos se reflejan en mis ojos
mientras evito la transparencia del mar
el viento adquiere la materialidad de nuestros accesorios
como la cámara que llevo colgada al cuello
y cada tanto pide sonrisas.
A veces no hace falta revelar fotografías
sino concentrarse en la luz perfecta
nuestros trajes de baño me sostienen de la mano
para no caer.

Mandados

Las tardes son para desplegar el aire de la casa
por las veredas.
Miro las puntas de mis zapatos gastadas
ya llegará el día de estrenar unos nuevos
para los recorridos de la comida.
La canasta toma de las manos a mis hijos
los pájaros cantan escondidos en las copas de los árboles
después de haber vencido
la danza de las sábanas calmar el llanto de la siesta.
Lo que debo comprar se escribe mientras camino
y vuelvo a querer las horas.

Cómo llego al amor

El tiempo de estar parado se venga a la hora del amor
las piernas de soldado no ceden así nomás
a la suavidad de las sábanas con perfume
¿otra vez?
pregunta, mi señora
y con cara de paloma le contesto
yo no soy esta pose
mientras trae almohadones de apoyo
que confunden más mis piernas.
Es un mal dice,
tu trabajo discapacita nuestro amor
y le pido que salgamos al patio
porque afuera adquiero las órdenes
que el cuerpo necesita para saberse útil.
Mi señora teme confundir las estrellas con lo que hay que comprar
pero, sentados sobre una manta,
debajo del tendedero
confiamos en que los vestidos de fiesta que, estuvieron colgados alguna vez,
se suelten y nos hagan bailar en el pasto.

El sátiro

El cuerpo queda rendido
cuando el amor le saca el plomo de las horas
y caigo en un sueño profundo
en el que el sátiro del barrio con ojos de conejo
me pide que lo acompañe a su casa para darle de comer
le digo que no tengo tiempo

pero él insiste mostrándome su bicicleta
es rápido
después puedo llevarte hasta tu casa.
Para calmarlo le pregunto, dónde vive
y responde que debo seguirlo para encontrar su dirección
porque le falla su memoria.
Las bolsas de supermercado que cuelgan de mis manos
buscan a mis hijos.
Si corro me alcanzaría con sus llantas
entonces me subo al manubrio de su bicicleta
con la intención de donarle la cena para la noche
¿me encontraré con alguien al que le diga
estoy siendo llevada por un hombre que no quiero?
y los pájaros posados en sus anteojos lo hacen caer.
En cambio de huir grito y los vecinos encuentran la herida del hombre.

Hierba

Acostado sobre el pasto toco la hierba
y me llevo un ramillete de menta a la boca
a falta de una pastilla que quiete el movimiento de la sangre.
Sobre este bosque que mi señora dice no estar encantado
construiría una casa hermosa
ya falta poco
para contarles a mis hijos la historia de mi nombre
y el ruido de mi mente los despierta para saber cómo son.

La vida que a las fotografías se les impide tener

Chica

Hay una chica que me gusta
ella lo sabe
pero da vuelta la cara cuando la miro.
No creo que no le atraiga
quizá siente vergüenza por no quererme, tanto, como quisiera
que hasta sería capaz de darme un beso en la boca con los ojos.
Si salgo a buscarla
suena el timbre de mi mente
llamándome la atención sobre palabras
que mi cuerpo nunca había entendido.
Si atiende pensará que no me importo
cómo olvidé el abrigo
la mochila
y le diría que su cuarto me quedaba de paso
hacia otro lugar que inventaré para encontrarla.

Salir

Ella no está
golpean mis manos una puerta de la ciudad vacía.
En el bolsillo de mi pantalón
guardo monedas con las que compro pastillas de menta
que me entretienen para buscarla.
Doy vueltas a la manzana de los días, siempre iguales,
para despertar una discontinuidad cerca de su trabajo.
Acá estoy,
le mando señales de zapatos nuevos
mimetizados con los colores del kiosco en el que quisiera abrazarla.

Los libros de la tarde

No verla constituye un fracaso para mis piernas
que me arrastran a mi dormitorio como si no hubiera salido
y se arquean atorándose entre los vacíos de las baldosas.
En un banco de plaza me siento para explicarles
tienen que ser fuertes y si no saben
imiten los mangos de una carretilla
con mis pensamientos las ubico en una obra en construcción
para que vean lo que considero una enseñanza.
En la cocina de mi casa está mi madre,
¿cómo, no vas a comer hoy?
pregunta con ganas de que le haga compañía
después de haber estado haciendo cosas para todos.
Busco silencio con un tono de voz que prueba sus verduras
desde la culminación de una escalera,
no quería molestarte contesta con la cabeza rígida,
sabiendo que sus manos acomodarán el mantel
sobre el que ahora almorzará sola.
Mi cama es una camilla para estas horas
pero no le doy el gusto.
El sol del mediodía entra por la ventana y señala
aros de claridad sobre mi biblioteca pequeña
los colores de las revistas solucionan instantes.
Una tijera titila al lado mío
y me dispongo a crear una maqueta de mis sentimientos
una ciudad dentro de una casa
en la que, algún día, viviré con la persona que más quiero.

Llega

A la noche toc toc toc,
hola
cómo estás

pasaba por acá
y no quería dejar de saludarte.
Querés tomar algo
y ella no sabe
porque un trago podría indicarle a la noche
que vino a verme por una excusa distinta
a la que siente.
Insisto
y toma un sorbo de gin y se atraganta
su saliva deja estrellas en mi ropa.
No es como vos creés
tantas horas en un mismo lugar
no me separan de la alegría del mundo.

La intensidad tuerce el camino

Hago un esfuerzo para que mis brazos no la alcancen
pero no puedo y aprieto donde a ella le incomoda
el peso de mi amor sobre su espalda.
Soy un tonto y el momento no vuelve a ser el mismo
ella lo interrumpe con palabras inmediatas
que brotan de mi habitación hacia su mente,
quién te regaló la biblioteca
qué guardás en ese cajón.
Si querés abrirlo y fijate.
No es una niña pero sus piernas contentas de permisos
sacan fotografías que había olvidado
no puedo creer cómo no sabías qué guardabas
y es verdad, desde que ella entró en mi casa
mis cosas dejaron de importarme,
qué significan estos paisajes
representan la historia de las instituciones
desde la primera pisada hasta la última mano de pintura
me entusiasma ver lo que crece
y ella pregunta cómo sería la historia en fotografías de nuestra relación.

Tiempo niño

Ella toca las fotografías una y otra vez
no le parece aburrida la repetición del procedimiento
al revés
como si hubiera encontrado una manera de adueñarse de algo.
Es increíble cómo, mirando una misma imagen todos los días,
te pertenece por los detalles que otros dejan pasar.
Serías un padre dedicado
las tardes con tus hijos mirándolos crecer
aquí están las tazas para la merienda

ahora, pongamos una música
los juguetes se guardan en estos canastos
y, a cambio, sabrías cuál es el tiempo niño.
Mientras habla me encantaría ser el padre de sus hijos
pero ella en cruda comunicación con lo que callo
dice, lo auténtico es que sigas sacando fotografías
porque no se es padre por complacer a una chica.
Esta vez no le respondo y cambio el disco
ella enciende un cigarrillo y toma un sorbo del trago que le preparé
me siento a su lado y quedan fotografías revueltas entre nosotros.
Mirá, indico,
en el otro cajón guardo la cámara
por qué no la traés e inventamos una manera
de adueñarnos de lo que nos pasa.
Tendría que empezar por vos
pero se la quito y sale disparada una fotografía
que registra sus zapatos
el piso y mitad de su pierna
y nos dejamos llevar por esos detalles que entre nosotros
se presentan como ráfagas de luz rayadas.

Ropa

El perfume de su ropa en la mía es el abrazo del que se escapó
así retardo la hora de quedarme dormido.
Mañana tendría que mostrarle las fotos que configuran nuestro cariño
los zapatos
el piso
las piernas
un fragmento de la mano
discos en una repisa
nuestros abrigos.
Ella, al llegar a su casa, sacude la cartera para el otro día
se pone el pijama
y elige un libro al azar
en los espacios en blanco aparecen las palabras que le envió
mi mano busca la suya que en la noche desfigura la ropa del día.

Sonidos

Me despierto con el sonido de la lluvia
mi madre golpea la puerta del dormitorio
entra con la bandeja del desayuno
el vestido que se puso choca con la sensación que me dejó el sueño
no es ella a quien quiero ver
y deja la bandeja sobre el escritorio
cuando cierra la puerta

el programa que me proponga tendrá un ritmo nublado
y, sin salir de la cama,
compongo canciones con las fotografías que sacamos la noche anterior.
Las palabras se privan de mí y las guardo en un bolso con la intención
de que la chica que me gusta las escuche cuando termine su trabajo.
Salgo de mi casa sin paraguas
dejo que el agua me convierta en el cantante que quiero ser.
En un bar la llamo por teléfono
apurada
esta no es nuestra hora y corta.
Sobre la mesa la melodía se rompe
y paso la tarde salpicando con café las fotos que saqué.

Insistencia

Ella sabe que la espero
y viene a buscarme,
basta
tu insistencia me confunde.
Por qué vino si no quería verme
no se lo digo porque está mojada
y sus ojos proyectan lagunas artificiales en las que podría nadar.
Si no entendés mi tiempo
no me querés
tu miedo me controla
sos una mala madre
no te quiero ver nunca más
mirame cuando te hablo
no mires mis piernas
mi pudor.
Su cuerpo se hincha
soy un hijo que pierde la cabeza
y el ruido de la lluvia se transforma en una batería
que nos paraliza en cambio de hacernos bailar.

Acciones

Pido la cuenta
me levanto
y salgo a la vereda
la chica que me gusta se sienta en mi lugar
y observa las fotografías sobre la mesa.
Mi silencio la hace escuchar las canciones.
Camino sin rumbo
las horas pasan
el bar en el que estábamos cierra las persianas
la puerta de su casa indica que no hay nadie

mi dormitorio retiene su perfume
abro la ventana para que el aire guíe mi respiración
me enfrento con el tiempo museo
aquí nada se acumulará
y desatornillo los cajones de la biblioteca
bolsas de nylon negras me ayudan a tapar lo que ya no quiero ver
sentado en el piso desenvuelvo una pastilla de menta y enciendo un cigarrillo
preparo la cámara para que dispare objetos desordenados
la campera mojada sobre una silla
la puerta
la tijera.
Las fotos en las que no estoy precipitan acciones
y me duermo con las manos sobre los ojos
presionando la aparición de un color.

Tamara Domenech

La Plata, 1976. Vive y trabaja en la Ciudad de Buenos Aires. Es Licenciada en Comunicación Social (UNLP), Diplomada en Gestión Cultural (UNSAM), Profesora del Nivel Superior (UTN), escritora, editora y artista visual.

tiempodorado.com

www.instagram.com/tadomenech

www.instagram.com/ediciones.presente